

Colección de relatos

Luis Alberto Henríquez Hernández

Paraguas rotos



EDICIONES GAROÉ



EDICIONES GAROÉ

Paraguas rotos

Luis Alberto Henríquez Hernández

*Colección
Danzas de Aranfaybo*



ÍNDICE

Prólogo

Capítulo Primero: *Un ramo de crisantemos*

Los muertos también lloran
Juegos en silencio
Evangelio según Judas Iscariote
Que Dios me perdone
Sofocado

Capítulo segundo: *Trompeta del Diablo*

Rompecabezas, comecocos y otros juegos de la mente
Lucidez
Insidia
Luto
Inestabilidad
Cauchemar
Nostalgia

Capítulo tercero: *Flor de neón*

Conciencia expandida

Capítulo cuarto: *Rosas salpicadas de carmesí*

Asesino a cobro revertido
Copilul Bisericii Negre
La muerte de un grillo
Tanatofobia

Nueve Uno Tres
El hombre del saco
Reflejos macabros

Paraguas rotos

© autor [Luis Alberto Henríquez Hernández](#)

© edición 2021 [Ediciones Garoé](#)

Imagen de cubierta: Tanya | St Adobe
Imágenes autor: Nieves Delgado
Portada composición: María Ibayá Yuste González
Maquetado Ebook: CaryCar Servicios Editoriales
Corrector: [Víctor J. Sanz](#)

España
ISBN: 978-84-124013-2-5

Ediciones Garoé apoya la protección de derechos de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de derechos de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que Ediciones Garoé continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesitase fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Garoé
Calle El Repartidor, 3, 3L
35400 Arucas, Las Palmas de Gran Canaria
Tlf.: (+34) 928 581 580 Islas Canarias, España
Clicka para enviar email a Ediciones Garoé
www.edicionesgaroe.com

*A párvulos 2, 142;
a los difuntos olvidados;
a los locos y a los ausentes.*

PRÓLOGO

«**E**ra tarde y hacía frío. Un viento helado arrastraba unas gotas finas de lluvia que amenazaban con atravesar nuestra piel, como agujas de vudú congeladas por acción de las artes oscuras. El paraguas que empleábamos para protegernos de las inclemencias del tiempo estaba preparado para hacer frente a enemigos climáticos más benévolos, pero aquí, en el corazón del continente, se mostraba incapaz de mantenernos a salvo. Su estructura se doblaba y se retorció como si estuviera siendo sometida a un exorcismo y la lluvia fuera agua bendita que caía de las mismísimas manos del Creador. Apretamos el paso con la intención de ponernos a salvo lo antes posible. ¡Lo que habríamos dado por un par de paraguas de calidad!

Nuestros pasos resonaban solitarios. La luz tenue de las farolas se reflejaba en el pavimento, formando una composición psicodélica de colores simples. El viento arrastraba a lo lejos una lata de refresco y provocaba un verdadero estruendo en la soledad de aquellas calles. Y nosotros avanzábamos, congelados bajo un manto nocturno tan denso como el contenido de las conferencias a las que asistiríamos al día siguiente.

Callejamos medio perdidos hasta que, al fin, enfilamos una calle que parecía devolvernos al hotel. A derecha e izquierda, decenas de papeleras aparecían llenas de paraguas, de paraguas rotos. Como si fueran paragueros funerarios, como si de los nichos de un cementerio de paraguas se tratara, los cubos de basura rebosaban de aquellos objetos tan necesarios como inservibles en este momento. Los había de plástico, de tela, plegables, de bastón, de colores vivos, de señora, de caballero, incluso con motivos infantiles; los había con mango de madera, de esos que se despliegan de forma automática con solo apretar un botón; los había manuales, grandes y pequeños. Pero todos estaban rotos; todos yacían rotos. Y nosotros estábamos calados de frío por la lluvia que arreciaba, implacable e insensible a nuestra sangre del sur.

Y ninguno de aquellos paraguas servía.

Solo nos quedaba tirar el nuestro y caminar hasta encontrar el hotel.

—¿Sabes? —dije a mi compañera—, ya tengo título para el próximo libro».

Sirva esta narración previa para contar el origen del título de la presente obra, escrita en parte a bordo de aviones, en habitaciones de hotel y en mesas ajenas; manuscrita a veces en libretas promocionales, en agendas de eventos y hasta en servilletas, entre junio de 2017 y enero de 2020.

Sin previo aviso, casi por sorpresa, se materializa esta nueva colección de relatos cortos, como si fuera una horda de *qlifot* invocada por un experimentado mago. Un total de veinte relatos divididos en cuatro bloques que giran en torno a una idea elemental: los sentimientos que despiertan la locura y la muerte.

Paraguas rotos es el tercer libro que publico. No hay dos sin tres, dice la sabiduría popular. Ni tres sin cuatro, espero.

Así que, por tercera vez me siento a escribir una breve nota de agradecimiento a todos aquellos que han contribuido, de una manera u otra, a que *Paraguas rotos* sea una realidad.

Mi agradecimiento y amor eterno a Esther Hernández Martín, David Santana García y Mayte Martín; mi trío favorito de ases literarios. Jamás podré corresponder, como se merece, a los ánimos y el apoyo que me han dado para avanzar por la espinosa senda de la creación literaria.

A María Yuste y a la familia de Ediciones Garoé, que han creído en este proyecto y han hecho que *Paraguas rotos* sea una realidad tangible. Extiendo este agradecimiento a Víctor J. Sanz, por su profesionalidad y cercanía; jamás un gerundio fue tan importante.

A mi familia y a mis amigos, gracias por toda esa energía, transformada y canalizada para idear muchas de las historias aquí contenidas. Gracias a Gloria Navarro, que inspiró el título de esta publicación.

Agradecimiento especial a mi familia más cercana, esa que se ve obligada a convivir con mis inseguridades, con las obsesiones del proceso creativo; la que sufre mis ausencias y mis frustraciones; la que comparte visceralmente las mieles del éxito más modesto: a Vanesa Valencia Santana y a mis tres mosqueteros: Elisa, Javier y Alberto.

Por último, mi más sincero y profundo agradecimiento a ti, lector, que apuestas por las editoriales independientes y los autores desconocidos.

Gracias por leer *Paraguas rotos*.

Luis Alberto Henríquez Hernández

CAPÍTULO PRIMERO

Un ramo de crisantemos

*[...] voy a acostarme boca arriba
y a envolverme en vuestros cortinajes,
¡oh, refrescantes tinieblas!*

Charles Baudelaire

LOS MUERTOS TAMBIÉN LLORAN

Aquellos versos del poeta, leídos en la soledad de una noche de invierno, marcaron el final de mi vida. Sin esperarlo, los más temibles fantasmas del pasado se abrieron paso a través de mi ser; rasgaron la realidad, que se rompía como un espejo y me devolvía unas imágenes grotescas que, hasta hoy, eran armoniosas y cuerdas.

*Los muertos, los pobres muertos, sufren grandes dolores,
y cuando octubre, podador de viejos árboles, lanza su viento melancólico en torno a sus mármoles, seguro que debe considerar muy ingratos a los vivos,
por dormir, como hacen, calientes bajo sus mantas, mientras ellos, devorados por oscuros sueños, sin compañía en el lecho, sin agradables charlas, viejos esqueletos helados, comidos por los gusanos, sienten cómo gotean las nieves del invierno y cómo pasa el siglo, sin amigos ni familia que cambien los jirones que cuelgan de su reja.*

Leí y releí aquel poema sin título, arropado entre cojines y bajo un edredón mullido mientras, en el exterior, la lluvia tocaba con insistencia los cristales de las ventanas y el viento soplaba tímido pero constante. Por un instante,

imaginé lo desolador que sería estar muerto. Muerto en un ataúd. En un ataúd alojado en un nicho. A solas y a oscuras, saturados los sentidos por la humedad, el frío y el crepitar de las cuadrillas de la muerte, esos insectos que acuden en orden para convertir diligentemente la carne en polvo y transformar el recuerdo en olvido.

¿Cuánto hacía que no llevaba flores a la tumba de mi padre? Con el libro aún abierto entre mis manos, intenté echar cuentas. ¿Un año? ¿Dos? Un profundo sentimiento de tristeza se agarró a mi garganta como si de un estrangulador se tratara, e hizo aflorar unas lágrimas contenidas que brotaron con dolor. Un dolor que había sido enterrado hacía tiempo, mucho antes incluso de que el viejo falleciera. Una ráfaga repentina de viento mandó la lluvia contra el cristal de la ventana. Las gotas se estrellaron en el vidrio con violencia. Una miríada de frías acumulaciones de agua que parecían mirarme con reproche para, inmediatamente después, deshacerse y desaparecer vidrio abajo formando una red de caminos tortuosos en un viaje a ninguna parte. Sobresaltado, decidí cerrar el libro y apagar la luz, resuelto a ir mañana al cementerio a llevarle flores a mi padre.

Pero esa noche el descanso me fue negado. Los remordimientos y el horror se lanzaron sobre mis sueños como una jauría de lobos negros sobre un cordero abandonado, sumiéndome en una vorágine de oscuras alucinaciones de las que no fui capaz de despertar. Asistí con pavor al proceso de descomposición del cuerpo de mi

padre. Le vi hincharse como un sapo en celo. La expresión de su cara se deformó hasta el límite de sus tejidos y, a continuación, se abrió en canal y soltó una marabunta de gusanos y larvas de insectos variados que se retorcieron unos sobre otros mientras luchaban por un pedazo de carne muerta de mi padre. La arcada ascendió hasta mi garganta sin náusea previa, una contracción espasmódica del estómago producida por aquella nauseabunda visión. Notaba cómo el azufre se combinaba con el hidrógeno y saturaba mi centro olfativo de un olor putrefacto y vomitivo. Acto seguido, el viejo fue licuándose. Tomó un aspecto húmedo, ambarino, absolutamente repulsivo. Sus labios aparecían inflados y retraídos, mostraban una sonrisa siniestra a través de la cual asomaban lombrices blancas y voraces. El pelo se le caía de mechón en mechón. A través de sus fosas nasales, el cerebro escapaba disuelto y formaba un riachuelo de masa encefálica grumosa e inservible. Los ojos se hundían por momentos, los pómulos resaltaban formando ángulos quebrados que daban la bienvenida a la reducción esquelética del cadáver. Un ejército de polillas y escarabajos trabajaba sin descanso. Los insectos me atravesaban en sueños y llegaban hasta el cuerpo de mi padre, que poco a poco tomaba el aspecto del destino de todo ser humano. Las articulaciones se descoyuntaron una tras otra hasta que nada quedó de él más que una sonrisa desquiciada en su cráneo, a medio camino entre el dolor y la locura. Por un instante, me pareció que una lágrima se derramaba desde una de las

cuencas orbitales vacías. Una lágrima de tristeza. De dolor. De soledad. Quién sabe. Una suave brisa de viento, fría como la propia ausencia, fue llevándose el polvo en que se había convertido mi padre, y yo sentí que me iba con él.

Al despertar, húmeda la cara por mi propio llanto y húmedo mi cuerpo por la intensidad de la pesadilla, vi que el vendaval y la lluvia habían vencido los pestillos de la ventana, y entraban en la habitación el invierno y quizá las partículas vitales a las que había sido reducido mi progenitor.

Llegué a las puertas del cementerio municipal antes de que abriera. Esperé en el coche con la calefacción puesta: intentaba en vano sacar de dentro de mi cuerpo un frío que iba más allá de la baja temperatura ambiental. Por fin, un funcionario del Ayuntamiento procedió a la apertura de las puertas del camposanto, pero fui incapaz de salir del coche.

¿Qué pretendía hacer?

¿Por qué estaba allí?

Fue entonces cuando me di cuenta de que si quería llevar flores a la tumba de mi padre primero tendría que comprarlas. Mientras esperaba a que los puestos ambulantes de venta de flores estuvieran operativos, decidí hacer tiempo en la capilla que estaba justo a la entrada del cementerio. Salí del vehículo arrebujaado en mi abrigo. Subí las solapas de la chaqueta en un vano intento por

protegerme del viento, que, implacable e incansable, soplabá frío y cruel.

Crucé el aparcamiento a grandes zancadas. Pasé bajo una serie de altas columnas y llegué a la puerta enrejada que había justo detrás. Una escalera breve como la existencia daba acceso a la entrada y, sobre ella, a gran altura, una inscripción en una placa de mármol anunciaba lo siguiente: «Templo de la verdad es el que miras. No desoigas la voz con que te advierte de que todo es ilusión menos la muerte».

Reflexionando acerca de la autoría y el profundo significado de aquellas palabras a la entrada de un cementerio, accedí a la pequeña capilla evitando mirar la extensión de tumbas y nichos que se desplegaba ante mí.

Una última ráfaga de viento pareció querer tirar de la solapa de mi abrigo justo en el momento en el que, a mi espalda, se cerraba la puerta de madera del adoratorio. Un silencio hueco y un fuerte olor a incienso y maderas viejas me dieron la bienvenida. El receptáculo estaba iluminado a medias por luz artificial y algunas velas, cuyas llamas habían abandonado su quietud al son de la ventisca y creaban sombras animadas que danzaban delante del Cristo como lo hacían las prostitutas en Babilonia. Dos pequeños ventanucos dejaban entrar la poca luz diurna que procedía de un sol censurado por las nubes de invierno. El lugar era pequeño. Contenía los elementos imprescindibles de la imaginería cristiana: un pequeño altar con un cirio encendido; una cruz con un Jesucristo doliente, ojos

implorantes al cielo, muñecas sangrantes y corona de castigo; una imagen de santa Rita con un clavo incrustado en la frente y un hábito negro como el carbón de un horno crematorio; un sagrario; un ambón de madera; y una silla destinada al sacerdote durante el tiempo de reflexión tras la comunión, ese momento en el que el Creador toma el alma de los creyentes y se reafirma en la promesa de la salvación eterna de persistir en su fe. El espacio se completaba con dos hileras de asientos de madera con una capacidad para albergar a no más de medio centenar de feligreses. Avancé por el pasillo que quedaba en medio de los bancos y me senté. La madera se quejó bajo mi peso, como si quisiera alertar al mismísimo Dios de que el traidor había llegado y solicitaba audiencia. No supe qué hacer. Encaré al Cristo crucificado sin entender aquel sacrificio del que hablaba la leyenda. «Tanto dolor, ¿para qué?», murmuré. Hacía tiempo que transitaba el sendero de la mano izquierda, tan pedregoso y angosto como el otro. «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo». Poco importaba continuar el salmo con «tu vara y tu cayado me sosiegan», que hacerlo con «la luz de la estrella de la mañana me guía». Si Caín le daba significado a Abel, y Goliat se lo daba a David, Lucifer era el complemento perfecto de Dios. A lo que no estaba dispuesto es a que se me negara comer del árbol prohibido, a que se me ocultaran las respuestas a las grandes preguntas y a que me amenazaran con un castigo eterno por querer vivir en libertad. Noté la soberbia y el orgullo ascender caliente por

mis venas. Pugué contra la luz blanca que emanaba de aquella figura torturada. Apreté los dientes y proyecté unos cuernos de fuego que salieron de mi frente para derretir las cadenas de la sumisión. Aquel era un lugar de dolor. En la capilla solo se habrían celebrado misas de difuntos. Nadie había sido feliz y pleno bajo aquel techo.

«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás».

—Mentiroso —dije en voz alta. Y salí en busca de las flores.

Una mezcla de sentimientos perforaba mi espíritu, que oscilaba entre la aflicción y la ira como un péndulo que se mueve de forma perpetua en el vacío de una existencia que había perdido todo su sentido.

Por mucho menos de lo que me imaginaba, compré un ramo de crisantemos blancos y, armándome de fuerza, volví a franquear el conjunto que formaban las columnas, la inscripción de mármol y la puerta enrejada que daba acceso al cementerio. Bajé dos escalones eternos como la tortura de un reo inocente y pisé terreno sagrado.

Una amplia extensión de terreno aparecía ante mí; ocupaba una superficie cercana a las trece hectáreas. Originalmente situado a las afueras de la ciudad, en la actualidad había sido rodeado por la decadencia de la vida moderna y, como si fuera una especie en extinción, se veía

acorralado por residenciales modernos, centros comerciales y hasta pabellones deportivos. No obstante, el tiempo parecía detenerse tras las puertas del cementerio municipal. Atrás quedaba el bullicio de una ciudad que, como todas, daba sus últimos coletazos y se ahogaba, sin saberlo, en un mar de desesperanza y deshumanización.

Pero allí nada de eso importaba. No importaba el sueldo que ganaras, el número de seguidores que tuvieras en las redes sociales o esas reuniones insoportables que tenías los lunes a primera hora. Allí no había lunes. Allí no había clases sociales ni jefes ni rebajas perpetuas ni horarios laborales draconianos. Lo único perpetuo que allí había era la quietud de la inexistencia. Allí no había que sonreír al vecino ni acudir a la cena de Nochebuena. Allí solo había muertos y silencio. Muertos en distintos estados de descomposición que, de alguna manera —se me ocurrió—, quizá establecería una especie de jerarquía entre los miles de restos humanos que yacían en el cementerio. Allí solo había muertos y silencio. Un silencio roto por el viento frío que soplaba y arrastraba las hojas caídas de los árboles y, como decía el poema: «se lanzaba melancólico en torno a las lápidas» y los nichos.

Avancé a través de una especie de paseo flanqueado por una hilera de cipreses descuidados. A derecha e izquierda, se extendían porciones de terreno que albergaban las tumbas más antiguas, aquellas que alojaban ataúdes en las entrañas de la tierra. Aquí y allá se alzaban algunos panteones propiedad de familias adineradas que pensaron

que las apariencias sociales debían mantenerse más allá de la vida, sin saber que los gusanos, las polillas y los escarabajos se comerían la cara de sus difuntos igual que comían la cara de los mendigos. Allí no había clases sociales.

El paseo avanzaba cuesta abajo, de manera sutil parecía querer llevarme a las entrañas del cementerio sin que fuera consciente de que hacía esfuerzo físico alguno. Me arrastraba sin yo saberlo al corazón de la ciudad de los muertos. Pronto, los bloques de nichos se adueñaron del paisaje; se alzaban como rascacielos silenciosos en una ciudad sin alma. El viento movía las flores que adornaban las lápidas más altas y arrastraba por el suelo restos de una corona funeraria de algún entierro reciente. Una cinta ancha de color violeta y letras doradas se arremolinaba, perdida, en busca de su dueño muerto.

«Tus enemigos no te olvidan», me pareció leer, posiblemente, de forma errónea.

Giraba a derecha e izquierda entre los bloques de nichos. Ciudad de calles sin nombre. Sin detenerme, leía algunas inscripciones en las lápidas y contemplaba el diseño de las losas.

«Cuánto católico apostólico romano —pensé al ver una cruz en todas y cada una de las tumbas—. Cuánto seguidor de Cristo junto —reflexioné al ver un grabado de la cara del Mesías en un importante número de mármoles—. Cuánta

hipocresía eterna» —me dije, vació mi espíritu de toda empatía.

«Tu familia no te olvida».

«Vives en el recuerdo».

«No es morir el vivir en los corazones que dejamos tras nosotros».

«Siempre estarás en nuestros corazones».

Se me antojaban frases sin emoción, propias de un catálogo funerario de tres al cuarto. Otras inscripciones, sin embargo, eran algo más poéticas y elaboradas, aunque seguían pareciéndome frases indignas de estar escritas a perpetuidad en una lápida a modo de epitafio.

«Aunque el mundo no note tu ausencia, para nosotros ya no será lo mismo sin ti».

«Aunque se vayan de aquí, siempre estarán en mi mente. Nunca serán mi pasado, siempre serán mi presente».

«Me disteis tanto, me quisisteis tanto, que la vida sin vosotros ya no tiene sentido. Os amo».

«Quererlos fue fácil, olvidarlos, imposible».

Este tipo de dedicatorias adornaban de alguna forma las lápidas, cuyo diseño se completaba con los datos personales del difunto y la fecha del óbito. A veces, la leyenda era reemplazada por pasajes bíblicos. En ocasiones se incluían objetos personales de distinto origen, entre los que predominaban los objetos religiosos: más cruces, rosarios, velas y escapularios. Ocasionalmente, el grabado

de la cara del Cristo era reemplazado por una foto del difunto.

Pensé en mi propia lápida y en cómo me gustaría que fuera.

Los mármoles lindaban unos con otros como un macabro rompecabezas. Los colores se alternaban —negro, mate o brillo; blanco, perlado o roto; o gris en todas sus variantes— y formaban un mosaico funerario sin aparente orden. Independientemente del diseño o del color, todas las lápidas estaban numeradas. De izquierda a derecha. De arriba abajo.

Decepcionado, vi cómo el nicho 666 no albergaba a ningún miembro de las huestes del averno. Era solo otra lápida más, importante únicamente para el puñado de familiares y amigos que quedaran vivos.

Algunos mármoles lucían orgullosos, en letra de molde y en mayúsculas, la palabra «PROPIEDAD».

¿Quién querría tener un nicho en propiedad? No parecía un buen lugar de veraneo, más por lo estrecho del habitáculo que por lo tranquilo del lugar. Ni siquiera podía uno venir a celebrar el divorcio de algún amigo o a despedir el año, más por los horarios de apertura y cierre del recinto que por lo tranquilo del lugar.

¿Qué más daba dónde lo enterraran a uno?

Una opinión que no parecía ser compartida por muchos, cuyas lápidas mostraban familias enteras metidas en el

mismo nicho. Un sentimiento de claustrofobia me causó cierto mareo, al imaginarme a perpetuidad con hermanos, cuñados y demás familia, con los que no siempre uno se lleva bien, hueso contra hueso, compartiendo ataúd, mortaja y gusanos.

Me llamó la atención un elemento discordante entre toda aquella decoración mortuoria. Se trataba de una pegatina blanca en la que en letras rojas ponía:

AVISO

Estimado Sr./a:

Se ruega al titular de este nicho que, por favor, se ponga en contacto con el Ayuntamiento.

Gracias.

El anuncio incluía un número de teléfono local.

Por lo desgastado del elemento, no parecía que nadie hubiera hecho demasiado caso, y me pregunté cuánto tardarían en desalojar al muerto, y si se lo tomarían tan en serio como los desalojos de los vivos. Me preguntaba si habría organizaciones que protegieran a los muertos de los desahucios. O si, al contrario, a nadie le importaba lo más mínimo. Ni a los propietarios. Ni al Ayuntamiento. Ni al muerto.

El viento arreció en el pasillo donde estaba, empujándome a avanzar como si quisiera llevarme a alguna parte. Apreté el paso y resguardé el ramo de crisantemos contra mi cuerpo. Las nubes grises se arremolinaban en el

cielo como un escuadrón que se agrupara y preparara para la ofensiva. Amenazaba lluvia.

Entre todo aquel mosaico de colores oscuros, llamaban la atención dos cosas. Por un lado, los nichos vacíos que, aquí y allá, esperaban turno para hospedar un nuevo cuerpo sin vida. Por otro, los nichos cerrados que carecían de lápida y que identificaban al muerto con el pertinente número, las iniciales del difunto y la fecha de nacimiento. Ni flores ni escapularios ni objetos personales de ningún tipo. Solo cuerpos olvidados detrás de un muro de cemento.

Pensé de nuevo en mi propia lápida y en cómo me gustaría que fuera.

Deambulaba a derecha e izquierda, invadido por una terrible soledad, en pos de la tumba de mi padre mientras pensaba que, a pesar del tiempo transcurrido, no había olvidado el lugar exacto donde yacían sus restos. La intensidad emocional del entierro había dejado una huella profunda en mi interior y estaba seguro de poder localizar aquel nicho a media altura situado casi al final del cementerio, en uno de los bloques de la derecha. Eso me decía, convencido de saber llegar al sitio. Hasta que tuve que aceptar que andaba desorientado y perdido en aquel lugar de cadáveres ordenados.

Maldije mi suerte. No me habría pasado aquello de no haber estado entretenido mirando dedicatorias y demás patochadas. «¿Cuánto tiempo llevo caminando?». Me fue imposible decirlo. Pensé en buscar el camino principal y

regresar por donde había venido. Al fin y al cabo, el viejo estaba muerto y remuerto, y este manojito de estúpidas flores blancas no iba a traerlo a la vida.

A punto estaba de tomar esa decisión cuando me encontré, por primera vez en todo el trayecto, con alguien. De manera instintiva reprimí mis aspavientos y coloqué mis sentimientos contrariados en el asiento de atrás de la nave. El hombre parecía ausente, allí, de pie, frente a una de las tumbas. Vestía de forma elegante un traje bastante pasado de moda, con corbata ancha del tamaño de sus patillas, que destacaban sobremanera en una figura rocosa y espigada. Quise calcular la edad, pero no fui capaz.

—Perdone que le interrumpa, señor —dije de forma educada, con la intención de iniciar una interacción con un ejemplar desconocido de la especie a la que pertenecía—. Igual usted puede ayudarme.

Le di la fecha de defunción de mi padre. Supuse que los números de las lápidas debían correlacionarse de alguna forma con las fechas de fallecimiento, aunque los bloques de nichos no parecían seguir una secuencia lógica.

Como única respuesta obtuve un mutismo impasible.

Pensé que el señor rezaba, o bien que estaba demasiado compungido como para escuchar y contestarme.

Insistí. Esta vez alargué la mano para tocar ligeramente su hombro y reclamar así su atención. Las palabras quedaron atrapadas en mi garganta, atragantadas como las excusas de un mentiroso cogido en falta.